



Los pequeños escucharon lo que la madrastra había dicho al padre. Gretel derramó amargas lágrimas y dijo a Hansel:

-Estamos perdidos.

-¡No tengas miedo! A mi lado nada te pasará -respondió Hansel.

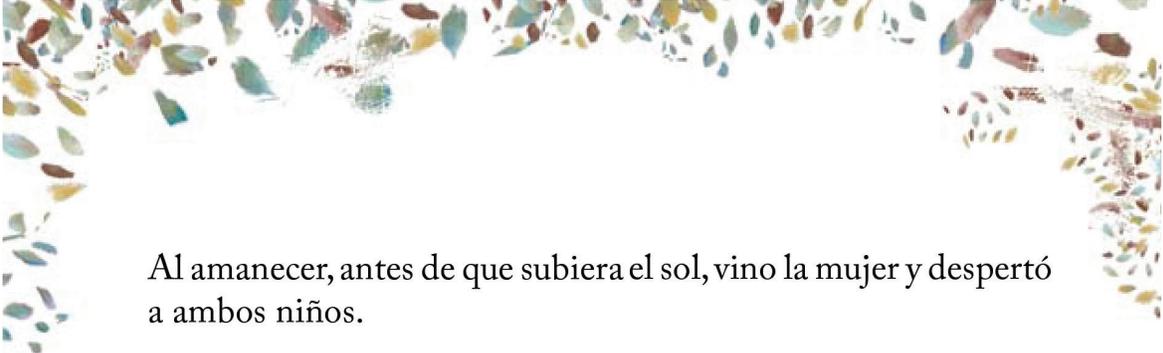
Y así, mientras los mayores dormían, Hansel se levantó, se puso su chaqueta, abrió la puerta y salió sigilosamente. La luna lucía muy clara y los guijarros que había delante de la casa resplandecían como monedas.

Agachándose, recogió tantos como cabían en sus bolsillos. Al regresar, dijo a Gretel:

-Ten confianza, hermanita, y duerme tranquila.

Y volvió a la cama.





Al amanecer, antes de que subiera el sol, vino la mujer y despertó a ambos niños.

-¡Arriba perezosos! -dijo-, iremos al bosque a buscar leña.

Y dando a cada uno un pedacito de pan, agregó:

-Aquí tienen algo para almorzar. Les advierto: no lo coman antes de la hora del almuerzo porque más no recibirán.

Gretel guardó todo el pan bajo su delantal porque Hansel tenía los bolsillos llenos de piedras. Enseguida todos se encaminaron hacia el bosque.





Mientras caminaban, Hansel se detenía para mirar hacia la casa una y otra vez.

El padre le dijo:

-Hansel, ¿qué es lo que miras y por qué te quedas atrás?  
Apura el paso.

-Ay, padre -respondió Hansel-, estoy mirando a mi gatito blanco, que está sobre el tejado y quiere decirme adiós.

-Tonto -le dijo la mujer-, ese no es tu gatito sino el sol de la mañana que ilumina la chimenea.

Sin embargo, Hansel no se había vuelto cada vez para mirar a su gatito sino para echar en el camino los brillantes guijarros que llevaba en los bolsillos.





Cuando llegaron a lo más profundo del bosque, dijo el padre:

-Ahora, hijos míos, recojan unas ramas. Encenderé una hoguera para que no sientan frío.

Hansel y Gretel juntaron leña y formaron un montoncito. Cuando lo encendieron y las llamas tuvieron cierta altura, habló la mujer:

-Quédense junto al fuego mientras nosotros vamos por el bosque a cortar leña. Cuando terminemos, regresaremos a buscarlos.



Hansel y Gretel se sentaron junto al fuego y cuando llegó el mediodía comieron cada uno su pedacito de pan. Creían escuchar los golpes del hacha de su padre. Pero no era el hacha lo que sonaba, sino una gruesa rama que el viento agitaba contra un árbol seco.

